

EXPOSICION DE VINCENNES

París, 20 de julio de 1907.

Fué paseando una tarde por las galerías del Palais Royal, cuando concebí la idea de ir á visitar en Vincennes la exposición de las colonias francesas. Aquel palacio es, en la actualidad, el asiento de las oficinas coloniales. La tercera república ha querido, de una manera sistemática, desvanecer ante los ojos del pueblo, el recuerdo de los pasados regímenes. Para lograrlo, ha instalado sus instituciones democráticas en las antiguas moradas de los príncipes, al par que ponía sobre los muros de sus vetustas catedrales, el letrero revolucionario que certifica su posesión—Libertad, Igualdad, Fraternidad,—y confinaba estatuas de reyes en el parque solitario que una crónica reciente ha llamado «el jardín de las sombras ilustres». De este Palais Royal, sólo su nombre nos recuerda que fué construído para el cardenal de Richelieu, que Ana de Austria y sus hijos lo habitaron más tarde, y que sus salas vieron las orgías de Felipe de Orleans. En cambio, su aspecto y su destino actuales sólo pueden recordarnos su tradición por con-

traste. Dominando con su mirada la plaza interior que los pabellones rodean, se alza, entre un pueblo de columnas y de árboles, la estatua de Camilo Desmoulins que va á montar á una tosca silla, con actitud de arengar á la muchedumbre, como aquí mismo lo hiciera en vísperas de la Revolución. Una banda marcial toca su música por las tardes, regocijando á niños y mucamas en los jardines. Sus recovas están ocupadas por bric-á-bragues, joyerías y casas que venden, á precios módicos, reproducciones de las más bellas obras del Louvre ó del Museo Británico y los tesoros de arte de Italia. Sus pasadizos internos son preferidos como lugar de citas galantes, y no es raro encontrar alguna fácil y fugaz aventura con desconocidas misteriosas, cuya condición fuera difícil definir. Pero lo que, desde otro punto de vista, os da también una sensación inusitada, es la galería de Orleans, con sus vitrinas repletas de libros extraordinarios. Son obras para la venta, propagadas por esas mismas oficinas del ministerio de colonias, que tiene en los salones del piso alto, biblioteca y museo á la disposición del público. Todo eso es ya labor acumulada por la otra Francia, por la que los turistas no ven, por la que ha puesto su marca en cien pueblos distantes, por la que, á pesar de la corrupción bulevardera, sigue dominando en una de las dos mitades del orbe.

El pasearse con ánimo observador por esa galería de Orleans, nos da de pronto, la revelación de un mundo desconocido. Vemos, ante todo, que, si es grande la ignorancia de Europa acerca de nuestra América, no lo es menos la de América

acerca de inverosímiles pueblos del Africa y del Extremo Oriente. No siendo tributarios de ellos, no hemos necesitado conocerlos. He ahí también la razón de la ignorancia europea. Pero nosotros, al dejar de ser colonia para convertirnos en nación, hemos aceptado la responsabilidad de imponer nuestra obra material y espiritual en el mundo, y debemos apresurarnos á realizar esa obra, si no queremos que nos aventajen otros pueblos nuevos cuya eclosión es hoy imprevista, como lo era hace diez años la reciente aparición del Japón. Conocemos al Transvaal por su resistencia á Inglaterra; al Egipto por el pleito contemporáneo de sus finanzas; al Imperio nipón por su victoria sobre Rusia y su probable guerra con los Estados Unidos, todos, como veis, hechos que han afectado los intereses de la política europea. ¿Pero, cuál de mis compatriotas sudamericanos, no sentiría igual sorpresa que yo, al ver en ese escaparate un gran álbum en cuya tapa dice con letras doradas: «Alger mondaine-1907» y junto á él los números anteriores de este almanaque anual que revela insospechados aspectos de la vida argelina? Y en la vidriera inmediata, todo un fabuloso monumento de filosofía y sociología acerca de vagos países asiáticos y africanos. Aquí está un Ensayo de Georges Tocque sobre el pueblo y el idioma Banda; y un tratado de Durand Taffanel sobre la Lengua Hova; y un estudio de Gardier sobre la Fonetica Anamita; y una Gramática de Aristides Marré sobre el habla Malgacha. Si habéis oído hablar de esos libros, nada sabéis sin duda de otros sobre léxico y textos tamulés ó de un diccionario franco-malinqué ó de un método práctico de

M. Dirr, para estudiar la lengua «Haussa», que es el idioma comercial del Sudán. Y si anoto estos nombres tomados, al pasar, en una librería, no es para sorprender á mis lectores con falsos paramentos de erudición, sino para documentar observaciones y seriar hechos donde afinque mi propio raciocinio; pues vaticinen cuanto quieran los profetas de la decadencia francesa, todo eso quiere decir que hombres de Francia están realizando en países remotos del Asia, el Africa y la Océanía, en medio de una época de escepticismo, la misma obra de documentación y construcción espiritual que el padre Lozano y el padre Guevara y el padre Valdez, y tanto fraile admirable, realizaran en el interior de la América, desde el siglo XVI al XVIII, bajo el acicate de una esperanza celeste y con la fuerza singular del alma castellana, potente de misticismo combativo.

Francia estudia y procura difundir el conocimiento de sus colonias. Para ello fomenta libros como los citados, sin contar otros de simple especulación material, y organiza exposiciones como la de Vincennes, donde hasta el 10 de septiembre estarán en exhibición gentes y productos de sus posesiones. Las estaciones subterráneas del Metró han sido empapeladas de «affiches» que anuncian la exposición. En los bulevares, dan al pasante hojas ilustrativas que invitan á visitarla, y son, á la vez, la guía del camino. No está lejos Vincennes, donde hoy se halla establecido el instituto de pirotecnia y la escuela de horticultura, y donde antes fueron el castillo de los reyes y la legendaria encina, á cuya sombra, según la tradi-

ción, repartía justicia Luis el Santo. Se sale de la plaza de la Bastilla, y, en menos de media hora, el ferrocarril os lleva hasta la estación de Nogent sur Marne, apenas más allá de las fortificaciones, casi á la misma altura de Charenton, sobre la ribera del Sena. Entre Charenton y Nogent se extiende el parque; la exposición en él, y entre sus árboles, en pabellones, exhibense el café, la caña de azúcar, el cacao, el algodón, las plantas de las tierras tropicales, y las substancias feculentas, y las mieles de la apicultura, y el landibe, seda salvaje de Madagascar, cosechas de Ivoloina ó Manisana, de Marovoay ó Nampoá; y las maderas gigantescas y hermosas del Congo, junto con su marfil y su caucho. Tal galería tiene su complemento en la exposición de los productos que Francia envía á sus posesiones: ante todo, el alcohol con que se envenena á las tribus, y después, muebles sobrios, arreos de viaje, armas, ropas, bicicletas, construcciones portátiles, material rodante y útiles de agricultura—los agentes efectivos del progreso.—Hay una guía sintética editada por la Sociedad Francesa de Colonización, organizadora inmediata del concurso. Hay á la vista fotografías y letreros que denotan la mano profesional de los agrónomos que han dirigido los trabajos. Se ven indochinos y árabes y zulúes de carne y hueso. Exhibese, además, una galería de pintores orientalistas. Y al ver aquí al aborigen y su choza rústica; allá al colono y su casita blanca; más lejos sus vestidos, sus productos, sus objetos usuales; y en otro sitio marinas ó paisajes de esas comarcas, se cree comprender, en síntesis imaginativa, esta nueva expansión de la cultura europea.

Una de las características del espíritu de París, al revés del de Londres, es el anteponer la belleza á la utilidad, ó unir las cuando menos. Por eso aquí es amena la docencia que ejercen sobre el público todas sus instituciones. París sufre de horror á los cuadros estadísticos y á las cosas inelegantes ó escuetas. En cualquier otra parte de la tierra, esta exposición hubiera sido un certamen de la riqueza colonial, tan sólo de interés para economistas y productores. Hubiese comenzado con el sacramental discurso del ministro y concluido con el inevitable fallo de los jurados, ante una sumaria concurrencia oficial. Sus organizadores han sabido aquí, sin embargo, convertirla en suceso de interés público, y para ello han traído, junto con los productos, las cosas, las gentes, las costumbres, todo cuanto constituye la vida pintoresca de las colonias. Entre el bosque de pinos de Vincennes, cortado por veredas curvas y calles rectas, alternan raras construcciones. Este pabellón es al estilo de una casa de reposo para notables anamitas, toda de madera labrada, con incrustaciones de marfil y muebles de laca, construído por obreros de Phu-Cuong; ese otro es el pabellón de la prensa, donde están reunidas todas las publicaciones relativas á las colonias: y mientras en este me sirven café de Nueva Caledonia camareras exóticas, en aquel, camareras de París me sirven aromático té de la Indochina. Yacen por ahí, cerca de la una, y casi á ras del suelo, hutas canacas de techumbre cónica, y las chozas de paja de una pequeña aldea cochinchinesa que el palo á pique rústico circunda, y á cuyo recinto circular se llega franqueando, sobre la zanja de un arroyo,

un puente á la manera de Tonkín. Más allá, sobre la fronda verde de los árboles, se alzan los siete pisos superpuestos de una torre chinesca, y el domo blanco de un pabellón tunecino. Se oye música malgacha; se admira nómades árabes; se visita una hospitalaria aldea congoleña; hay una exhibición de elefantes indostánicos; vense «fou-lahs» que trabajan á la vista del público, toscas manufacturas; se observan «peuhls» de Fouta Djallon que cuidan su hato de zebúes y cabras. En esa inusitada combinación de formas y colores halla reposo el ánimo al salir de los pabellones, donde la simetría burocrática de las vitrinas guardan, con los granos susodichos, las gomas del Senegal, el caucho de Guinea, los aceites de Dahomey. Con tales cuadros pintorescos y exóticos, acude el pueblo á Vincennes, y entre dos momentos de diversión aprende cosas graves y concretas sobre el poder colonial de Francia, sobre las culturas que mejor se adaptan á su suelo, sobre la posibilidad de nuevas empresas inmigratorias ó industriales, viniendo así este idealismo, por la belleza y la alegría, á ser tan práctico como el insoportable practicismo de los sajonzantes.

La exposición de pintores orientalistas, franceses todos, no impresiona como arte. Sus cuadros son apenas las ilustraciones de esa geografía viviente que está en el resto del Jardín. Pasteles, óleos, acuarelas ó dibujos, valen más que por la obra misma por lo que sugieren sus figuras, ya una melancólica tarde de Benarés; ya un rapsoda de cuentos populares en una calle de Tokio; bien un grupo de mujeres en el cementerio de Argel;

bien una danza nocturna en el Cairo. No es esta sala inerte, decorada de telas y cartones, la que atrae mayor concurrencia, sino ese campamento árabe que he mencionado pasajeramente en un párrafo anterior. Grato es el camino que conduce á sus portales. Se pasa por el templete anamita, á cuyo frente hay un lago, crespas de verdes hierbas las orillas, y en el cristal del lago, cisnes blancos y negros de raros países. Se pasa también ante la elegante torre chinesca, que calca en el cielo azul su arquitectura de canela, como en el paisaje de la seda de un biombo. Se pasa igualmente ante un kiosco rodeado de muchedumbre, donde la banda hova, uniformada de brin y grandes sombreros de paja, toca, en instrumentos occidentales, músicas indígenas. Al llegar á la puerta del tuareg, que un árabe vestido de blanco y un negro tallado en ébano y desnudo, custodian, siento que las notas metálicas de la música malgacha se apagan entre los árboles lejanos y el viento vago de la tarde, porque otra música más potente llega á mis oídos y cautiva mi corazón, despertando, en el fondo del ser, sentimentales ondas atávicas. Es la música bárbara del Sahara, el tardo paso de los camellos, la uniformidad de las llanuras, la lejanía de los horizontes, la ansiedad de los oasis inencontrados y de los mirajes desvanecidos. Es una melodía simple y llena de voluptuosidad, con la voluptuosidad de ciertas danzas de Oriente, exasperada y ruda como un orgasmo; voz honda y triste, preñada de inexpressa angustia y llena de una atormentada inquietud interior...

Al franquear los portales, una gran plaza rodeada de lienzos como los circos de provincia, apare-

ció ante mis ojos. Era el castro del tuareg. Al son de aquella música, y como á los ecos de un llamamiento marcial, la gente comenzaba á encaminarse á una tienda que era sin duda la del jefe. De un extremo venían algunos moros á la grupa de sus camellos, con escopetas y lanzas. Niños y mujeres salían de sus chozas, é iban todos congregándose en asamblea. Estaban construídas las casas con horcones de madera y techo pajizo, y á su vera se arrastraban criaturas semidesnudas, como en los ranchos de América. Pasaba junto á mí una mujer descalza y adornada de zarcillos y collares mágicos: era la hechicera, y se ofreció para decirme la buenaventura. Hombres y hembras eran harapientos, con una indolencia triste en ropas y ademanes. Al pasar se detenían para pedir un cigarrillo, repitiendo la frase en francés mal aprendida de memoria: «Donnez-moi un cigarrille, si vous plait; donnez-moi un cigarrille, monsieur.» Todos iban hacia la tienda que supuse del jefe, pues vi después que en uno de los camellos delanteros, pomposamente arreado, y con una especie de trono en la grupa, subió una mujer que debía ser la favorita del cacique. Un par de palafreneros á diestro y siniestro lado, comenzó á conducirla; una escolta de diez camellos con sus respectivos jinetes armados, se encaminó tras ella: formaron á la zaga los músicos; después un coro de mujeres, por fin la muchedumbre, y comenzó á recorrer el castro esta procesión entre religiosa y militar. El tardo paso de aquellos jorobados caballos del desierto, daba el compás al canto y á la marcha. Canto había; y cuando la murga cesaba de tocar, se alzaba un coro largo

y plañidero, que me impedía comprender si aquello era procesión triunfal ó fúnebre cortejo. La música aventaba como ayes de chirimías aullantes ó de cornamusas doloridas, guiando á las pandeteras ágiles ó al son del bombo, monótono como el sonoro bombo nocturno de mi llanura del Norte. Al conjuro de esa melodía, la reminiscencia natal me obsede, y ella se concreta, cuando concluída la ceremonia veo una madre morisca que vuelve portando su negrito enhorquetado en la cadera; ó cuando sigo á la vieja que va á su choza á renovar en el telar doméstico la urdimbre de una colcha de lana, igual á nuestras colchas santiaqueñas; ó cuando descubriéndome entre la muchedumbre europea que los contempla con pueril asombro, un árabe de albornoz y de turbante, alto y moreno, prieta la barba y soñadores los ojos, viene hacia mí, no ya para pedir un «cigarette», sino para hablarme en su idioma, que juzga también el mío. Al ver mi perplejidad, el hombre reflexiona; y entonces me pregunta en su mal francés: «Mais: n'estais vous arabe?»—«No, le respondo, riendo sorprendido.» ¿Español entonces?—Tampoco. El moro de albornoz y de turbante se excusa; y él, que va á retirarse, vuelve hacia mí con toda certidumbre, y adivinándolo me dice: «Alors, vous etais americain du Sud...»

La tarde comenzaba á caer cuando regresé á la estación de Nogent para volver á París, y mientras el tren rodaba entre campiñas y calles y túneles, la anécdota del moro volvía á la mente en ritornelo generador de reflexiones y de esperanzas

épicas. Veía á la Francia, que á principios del siglo XIX había ya perdido sus dominios coloniales de la India y el Canadá, reconstruir después un nuevo imperio, donde sembrara el germen de su espíritu, completando en el mundo la obra latina que España realizara en ambas Américas. Veía el espectáculo de bélicas emigraciones ó éxodos religiosos, derramando pueblos extraños en remotas comarcas, y mezclando, á través de los tiempos, la sangre de las razas más distintas. Veía por fin, ya en plena hipótesis de prehistoria, los cataclismos geológicos que habían apartado á pueblos ha cien siglos hermanos, hundiendo el puente cósmico de los istmos bajo mares actuales y haciendo fluir, en diluviales torrentes, aguas oceánicas entre las naciones... A ratos, soñoliento en mi sillón del ferrocarril, creía saber por qué los músicos malgachas del kiosco de Vincennes se parecían á campesinos que había visto yo en las montañas de Tucumán; y por qué los aldeanos de Indo China, entre el palo á pique de su aldea de paja, se parecían á los coyas de Bolivia, y por qué los tipos y las costumbres del tuareg me habían traído reminiscencias de la campaña santiaqueña—siendo esta última semejanza, entre los árabes y el gaucho, una de las reflexiones que Sarmiento más ha repetido en las páginas del «Facundo». Lo cierto es que ninguna diferencia específica separa á los diversos grupos humanos y que las únicas diferencias actuales son de orden espiritual, sintiéndome yo, por ejemplo, más cerca de los japoneses amarillos que de los rubios ingleses. Hoy, felizmente, todos esos grupos humanos tienden hacia un tipo común de civiliza-

ción. La obra del progreso consiste en suprimir las distancias—de espacio ó de alma—que la naturaleza puso entre los hombres. La idea del concierto futuro de las naciones, que antes solía parecerme un tanto quimérica, se me revela ahora no sólo posible, sino cercana, pues su mayor obstáculo—la imaginaria inmensidad de la tierra—es una de las supersticiones que se desvanece después de haber atravesado el Océano. La otra superstición que desaparece, es la de una superioridad efectiva, general, excluyente y duradera de Europa. No hay razas superiores sino naciones retardadas, y esto es una simple cuestión de tiempo y de política, no de espiritualidad; pero como es una cosa verdadera, los sudamericanos necesitamos confesarnos la tristeza de nuestra situación. La América del Norte se halla dignificada por la fuerza de los Estados Unidos; los pueblos mongólicos del Oriente se han elevado de pronto, con el Japón, á la categoría de las primeras potencias occidentales; el resto del mundo, como la India, la Australia, el Canadá, ó la Indochina, Madagascar, el Congo y los otros países representados en la exposición de Vincennes—cuanto forma dominios coloniales—se halla bajo el amparo de sus metrópolis opulentas. Urge en la América del Sur acelerar el proceso de su evolución económica, y el de su cohesión espiritual, mucho más grave. Entretanto eso llega, nos conviene seguir creyendo en la efectiva grandeza de Francia, sin renunciar á la tradición, hasta que pueblos nuevos aparezcan en esa parte del mundo para servir de nuevos avatares al alma inmortal de nuestra estirpe latina.

LA CASA DE VICTOR HUGO

París, 10 de agosto de 1907.

La Municipalidad de París ha convertido en monumento público el edificio que fué morada de Víctor Hugo desde 1833 hasta 1848. Al acercarse el 28 de febrero de 1902, centenario del poeta, sus descendientes pusieron á la disposición de la ciudad todos los recuerdos que poseían del célebre antepasado y cincuenta mil francos para la fundación de un museo consagrado á la memoria del escritor que durante el siglo XIX llevara el verbo de la Francia á todos los rincones de la tierra. Invocaban, á la sazón, dos antecedentes notorios: la casa de Goethe que el espíritu de Alemania custodia en Francfort, y la casa de Shakespeare, de la que el alma inglesa se enorgullece en Stratford-on-Avon. Francia, pues, debfa tener su casa de Víctor Hugo; y la administración comunal aceptó el donativo, y votó sesenta y cinco mil francos más para instalar el museo en aquel viejo edificio de la plaza de los Vosgos, uno de los lugares que

primero he visitado en París. Dice un cronista, que en esta casa fueron escritos *Lucrecia Borgia*, *Maria Tudor*, *Angelo*, *Ruy Blas* y *Los Burgraves*; que aquí el maestro vió el contraste de las Claridades y de las Sombras, rimó los Cantos del Crepúsculo y oyó las Voces Interiores; que aquí publicó el *Rhin*, esbozó *Los miserables*, planeó *La leyenda de los siglos* y comenzó *Las contemplaciones*; que aquí vivió, par de Francia ó miembro de la asamblea del 48, con los nietos que le enseñaron el arte de ser abuelo; que aquí perdió á su hermano Eugenio y á su hija Leopoldina,—sucesos de dolor, decisivos en la existencia de los poetas; que de aquí salió la llama inspiradora de combates políticos y literarios. Aquí venían á visitarlo sus amigos Nodier, Vacquerie, Paul Meurice que apenas tenía diecisiete años cuando llegó por la primera vez á estos umbrales, Balzac y Mérimée y Delacroix y Alejandro Dumas, Alex, que tanto le quería; y poetas que se llamaban Alfredo de Vigny ó Lamartine; y Sainte-Beuve que dejó en la casa una historia de traición y de amor; y Teófilo Gautier, el joven abanderado que junto al buen viejo que era su brigadier, completaba el número de la bulliciosa hueste romántica.

Esos nombres que habéis leído, son de por sí buena leyenda para glorificar un edificio, sobre todo cuando el edificio y el lugar donde se alza, tenían ya el abolengo de otros nombres ilustres. La casa de Víctor Hugo es el antiguo hotel de Guéméné que da á la vieja plaza Royale, comenzada en 1604. Su denominación actual de plaza de los Vosgos proviene, según he leído, de que el año VIII, el Primer Cónsul, habiendo notado

alguna dificultad en la percepción de los impuestos, ofreció poner á una de las primeras plazas de París el nombre del departamento que más pronto entregara al Estado sus contribuciones. La plaza cambió después varias veces de tablero, siguiendo las alternativas políticas de la opinión; pues este país que, en épocas normales, da la impresión de un pueblo relajado por la lujuria y el escepticismo, tiene en su seno, sin embargo, una potencia de fe que estalla en radicalismos y reacciones violentas, y llega al paroxismo de que pueden dar testimonio los sucesivos cambios de nomenclatura que registra la crónica de la ciudad, y los veinte monumentos,—como el palacio de las Tullerías ó la columna de Vendôme,—varias veces demolidas ó incendiadas por las revoluciones. Lo que no ha cambiado en la plaza de los Vosgos es el aspecto arcaico de las construcciones que la rodean. Está casi como en los tiempos en que Enrique IV mandó fabricar el edificio que da á la calle Saint-Antoine. La topografía de la plaza es harto extraña, pues siendo muy grande se halla, no obstante, cerrada por casas con recova, hacia tres rumbos. No se puede entrar á, ni salir de ella sino por una calle lateral que se llama «Rue-dupas-de-la-Mule», ó por un pórtico para peatones abierto en las recovas de enfrente. La arquitectura circundante es uniforme y toda de piedra. Sobre las arcadas y pilares de la planta baja, reposa la fachada de los pisos altos, cuadriculada toda de ventanas que le dan una paralizante simetría. El barrio conserva recuerdos del antiguo régimen, y las calles, nombres evocadores. Hay

calleja tan tortuosa y angosta, que solamente se la podría transitar á pie—y bueno es decir esto á quienes creen que las grandes ciudades europeas sólo tienen desembarazados bulevares.—Las piedras de las recovas están obscurecidas por una vaga sombra de vejez; crecen los jardines en no sé qué silvestre abandono que los torna más grates; y siendo una plaza sin bocacalles, un grave silencio reina en su recinto. Por eso al llegar á ella por la primera vez, comprendí su belleza. Esta es, á fe mía, la misma plaza donde nació madame Sévigné; donde vivió el cardenal Richelieu, donde según la tradición solían pasearse, Condé, Molière, Turenne, y donde grandes familias de la aristocracia tenían en aquel tiempo sus hoteles; plaza de enamorados y duelistas, plaza de idilio y de tragedia, donde, al caer la noche, parejas de enemigos ó de amantes, venían á reunirse en queda cita de ilusión ó de honor bajo los árboles...

Pláceme sobre manera, cuando me apercibo á visitar instituciones ó monumentos, renovar previamente en la memoria el recuerdo de sus orígenes. Las cosas que tan sólo son actuales, me hacen el efecto de simples apariencias, de visiones vanas, de superficies sin profundidad. Sus tesoros cotizables ó la pátina de sus piedras envejecidas, me proporcionan un halago sensual; pero sólo el tiempo esparce sobre el mundo la sugestión del verdadero ensueño. En ello finca para mí el mejor de los encantos secretos de estas ciudades europeas, y de ahí fluye la más íntima emoción en los

episodios de mi viaje. La falta de eso es lo que torna tan árida para el ideal, la vida de las ciudades argentinas; y es uno de nuestros más graves problemas espirituales renovar nuestra historia, cultivar la leyenda, vivificar la tradición, no únicamente como estímulo de inspiraciones artísticas, sino como eficaz fuerza política, pues de esa conciencia de su pasado sacan los pueblos una ansia más efectiva de perpetuidad. En una de mis próximas correspondencias he de volver sobre este asunto, al cual asigno capital importancia en nuestro país. He ahí, entretanto, el móvil de las frecuentes digresiones de historia ó simple crónica lugareña en que habréis visto arborescer los temas de mis cartas. Yo sé que la verdadera poesía sólo puede existir en el recuerdo ó en la esperanza—fantasmas del tiempo,—ilusión de la muerte y anhelo de la inmortalidad, ambas unidas en el corazón de los hombres. Y nada más oportuno que estas evocaciones y reflexiones tratándose del museo Víctor Hugo, donde se ha querido restaurar la vida de un varón cuyo espíritu antes esparcido en su pensamiento y ahora casi concreto en forma, se cierne sobre la casa y la ciudad. Allí está la mesa en la cual trabajó, la pluma con que escribiera, el lecho donde reposaba. Consérvanse sus ropas, sus gestos, su efigie, sus muebles; y es tan profusa en cosas materiales la huella de su espíritu, que, á ratos, creéis advertirle, palpable como una presencia. Institución que realiza, como otras, el milagro de que los grandes muertos no mueran del todo, debe de haber parecido grata á los manes de este poeta que era también un apasionado tradicionalista, sin que esto le hubiera im-

pedido avanzar en acción hasta la comuna libertaria, á él que había partido desde más allá del imperialismo napoleónico.

Soñando en la leyenda, olvidara las cosas temporales, como el horario del museo y sus señas exactas para el día de mi visita. Al salir, después del almuerzo, detuve el primer fiacre que pasaba por la rue Rivoli, y dije al cochero:—Vamos á la casa de Víctor Hugo.—El hombre se torció sobre el pescante para mirarme con cierta extrañeza, pidiéndome que repitiese la dirección:—Allons á la maison de Víctor Hugo,—insistí, vocalizando con énfasis. Resultó que el auriga ignoraba hasta la existencia del museo, acaso por ser reciente. No debe ser tampoco muy visitado por los turistas, aunque lo indica el Baedeker. El cochero miró entonces á la gentil persona de París que me acompañaba, pero ella, buena alma parisiense, tampoco lo sabía, aunque tiene su Hugo en su literatura. Empezaba recién, en compañía del amigo extranjero, la exploración de su ciudad, que desde luego es mejor conocida por los turistas y los provincianos. Recurrimos, pues, al agente: no lo sabía tampoco.—«Yo sólo sé que es en la plaza de los Vosgos—le dije;—pero no recuerdo la calle ni el número.» El vigilante echó entonces mano de su memento, y avisó al cochero:—«En la plaza, número 6.» El conductor volvió al pescante, tratando de justificar su ignorancia.—¿Ha leído usted *Los Miserables*?—le pregunté.—Sí, señor.—Luego debería usted, como francés y como cochero, saber dónde es en París la casa del hombre que ha escrito ese libro... Y comenzamos á marchar por la larga y tumultuosa avenida, frente al palacio del

Louvre. A la altura del Hotel de Ville, entramos en el barrio viejo por la calle del Temple, y doblamos por la calle de Les Francs Bourgeois, también de nombre histórico, hasta desembocar por «Pas-de-la-Mule», en el recinto cerrado de la plaza. Había comenzado el calor; un sol de estío doraba el ámbito; el silencio daba á la siesta del lugar un aire de provincia; y como para acentuar la semejanza, al ruido de los cascos y las ruedas en el pavimento de granito, algunos balcones se abrieron en lo alto de las fachadas silenciosas para espiar aquel coche que llegaba. Cuando paramos frente al número 6, la puerta, una ancha puerta oscura de férreos aldabones, estaba cerrada. Tampoco había reparado en que era lunes, y en Francia ciérranse los museos este día, siendo de extraordinaria concurrencia los domingos. Ibamos á retirarnos, cuando, al punto, se abrió un postigo lateral, y entre los barrotes de la reja, apareció en la ventana de la recova, la cara de la «concierge...» «La casa de Víctor Hugo está cerrada los lunes—me dijo con cierto orgullo de patrona;—pero ya que han venido, si ustedes quieren, pueden pasar: yo los conduciré.»—Nada me repugna tanto como el rebaño de Cook y el tropel dominiguero de los museos, de suerte que este azar de la clausura me proporcionaba el placer de una visita á solas, en el silencio propicio á las evocaciones. Y aceptada la invitación, entramos.

Tipo digno de afecto esta conserje que nos precede indicando los objetos con la gran llave negra del portal en la mano. Es inelegante y basto su cuerpo, ya no joven; lleva una cofia blanca en la

cabeza, y tiene una cadencia meridional su voz de gaita. Se imagina ser el número de la casa cuando con su palabra anima las figuras y las formas inertes. Se ve, en sus actitudes, que se siente la gobernanta ó el ama de este hogar habitado por una familia de inmortales espectros, entre los cuales el propio Hugo es el padre y señor, y madama la Gloria es su póstuma esposa. Pero si os hace sonreír un poco la vanidad de su discurso aprendido, hay en ella una cosa que os conmueve, y es el amor que siente por Hugo y su familia. Jean Valjean ó Leopoldina, los hijos del espíritu y de la carne, flotan para ella en una común atmósfera de veneración. Al contacto de los objetos y sombras que nacieron ó vivieron en la intimidad del poeta, ha llegado á anidarse en el alma, no respeto oficial ó admiración supersticiosa, sino afecto cordial, amor doméstico, tan sólo semejante al de esas viejas criadas que al servicio de una sola familia veían crecer dos ó tres generaciones en las solariegas casas de América. Y á medida que descubro nuevas bellezas en su corazón, más me regocijo de nuestra soledad. A haber venido aquí en un día de acceso público, es indudable que entre la gente rumorosa hubiérase esfumado la silueta de este singular carácter, y no hubiese yo tenido ocasión de descubrir la vibración cariñosa que había en lo íntimo de su voz cuando glosaba las figuras al enseñarme la numerosa prole huguesa:—«Esta es madame Sophie Trebuchet, la madre»—me dice, como quien nombra una persona de la Trinidad.—«Esta otra es Sara-la-baigneuse, heroína de «Les Orientales»—agrega, y yo me detengo ante el cuadro

de Henner para admirar cómo sorbe y refleja luz aquel cuerpo desnudo y blanco entre la fronda negra...

Sara, belle d'indolence
 Se balance
 Dans un hamac, audessus
 Du bassin d'une fontaine
 Toute pleine
 D'eau puisée à l'Ilysus;
 Et la frêle escarpolette
 Se reflète
 Dans le transparent miroir,
 Avec la baigneuse blanche
 Qui se penche,
 Qui se penche pour se voir.

—«Este otro es el padre—dice luego:—M Sigisberto Hugo, el general.»—Y viendo la cara del antepasado guerrero, recuerdo el verso del hijo poeta ante el Arco de Triunfo:—«Je ne regrette rien devant ton mur sublime.—Que Phidias absent et mon père oublie!»—Luego un Titán, un Sátiro, una Sombra, las visiones de los poemas, hasta llegar á cuatro cabecitas infantiles: son los hijos de Hugo, y aunque sus nombres fueron Leopoldina, Francisco, Adela y Carlos, la conserje, que los quiere como si aún fuesen niños, me los designa con sus apodos familiares:—«Esta es Didinna, ese Toto, esa otra Dedé y el más grandecito Charlot...»—En seguida me habla de la nieta de Jeanne.

—¿La casada con Charcot?—le pregunto.

—Sí—me responde,—aunque ahora han pedido el divorcio.—Y la buena mujer se entristece.

—¿Y usted sabe cómo murió Leopoldina?—me interroga después.

—Sí; lo recuerdo vagamente: un día regresan-

do de Caudebec con su marido Carlos Vacquerie...

—Eso es, el hermano de Augusto.

—Creo que una tempestad hizo naufragar el barco donde venían, y se hundieron ambos, recién casados...

—Eso es. La muerte de Leopoldina entristeció mucho á Víctor Hugo: la quería con todo su corazón, y para ella escribió muchos versos.

Al verme algo enterado sobre la vida y la obra de su ídolo, que fué también el mío á los veinte años, la buena mujer depona su tono docente y empieza á tratarme como á un antiguo conocido, como á un visitante digno de aquella casa. En seguida veo las ilustraciones de sus libros, ó los cuadros que se inspiraron en sus obras, y tras los personajes de *El hombre que ríe* ó de *Notre Dame de Paris*, damos con el retrato de madame Víctor Hugo, la esposa del poeta. Es obra de Boulanger, del tiempo en que habitaban esta misma casa de la entonces plaza Royale, visitada á la sazón por todos los grandes hombres de Francia, cuyos nombres sabéis. Tenía treinta y cinco años, y la imperial figura se alza entre el marco, opulenta de juventud y un tanto envanecida, no sé si de su coseleto ó de su propia belleza. Cubre su busto un corselete exiguo, y desnudos los brazos y los hombros, se afila el diestro en una mano tan delgada, que parecé haber pasado sin esfuerzo por el anillo de su pulsera, al par que el cuello lilial sostiene la graciosa cabeza florecida de bucles. De la cintura á las rodillas, el traje blanco se abomba en dos faldones negros, que ocultan la cadera. Pero es en el óvalo perfecto del rostro donde se transparenta su

alma. Le falta serenidad para ser Venus: Diana es, ó Minerva. Tersa y blanca de luz mental, tiene la frente. Deseable y sensual la boca; soñadores los ojos. Pictórico es el arco de la ceja, arco de Eros... Ahora comprendo toda aquella confusa historia del pobre autor de las *Consolations*, feo y lleno del sentido de la belleza. Indescifrable es, en suma, el enigma femenino, pues no comprendo, eso sí, ¡cómo una mujer—su mujer,—podía traicionar á Víctor Hugo! En cambio, ¿cómo no había de enamorarse locamente de ella el talentoso amigo de su marido, que venía á esta casa á todas horas?—Y llevando hasta el oído de la conserje mi silencioso diálogo, le dije:

—¡ En verdad, era bella!

—¡ Oh, oui! Elle était très gentille...

—¿ Y no conservan entre los recuerdos de los amigos de Hugo, así como el de Dumas, algún retrato de Sainte-Beuve?

—No, señor—me responde, y baja la vista.

—¿ Usted sabe lo que se decía?

—Sí, señor; murmuraciones, calumnias.

Y como siento admiración por esta mujer que adora á Hugo á la manera de una sierva ingenua y fiel, no quiero macular con lodo humano la blancura de sus ídolos; y seguimos andando, sin que yo ose acordarme de las cartas cambiadas sobre el asunto entre Sainte-Beuve y Hugo, ni de los comentarios que de ellas ha hecho catedrático tan serio como Faguet, ni de *La tristeza de Olympio*, ni de los versos que le dedicaba el crítico de la *Causeries*, poeta por ella:

Douce comme un parfum et comme une harmonie,
Fleur qui devait fleurir sous les pas du génie.

Lo que Francia ha hecho para Víctor Hugo, al fundar este museo, no habría podido hacerlo otra nación con el más representativo de sus héroes. Otras han producido pensadores más robustos, no habiendo sido Hugo sino un genio verbal, bien que estupendo; pero ninguna tiene una vida más decorativa y más esplendorosa. Esto se debe á que se pasó la existencia cultivando su personalidad; mas como su egotismo tenía raíz de bondad y altruismo, no resultó letal á su memoria. Lo único que no perdonan los hombres es la maldad: después perdonan hasta el orgullo. Y Hugo era un hombre fundamentalmente bueno en su corazón. Eso lo supieron los niños pobres de Guernesey, y los amigos ingratos y los criminales, y los pueblos y los mendigos; y lo sabe hoy el mundo entero. Pero el núcleo de su psicología era la conciencia de su individualidad: de ahí irradiaban su caridad y su feudalismo. En todo puso su huella. Hasta se fabricaba él mismo los muebles. Cuando habitó esta casa, ocupaba solamente el segundo piso, y hoy, sus recuerdos reunidos, colman la casa entera. Solamente la iconografía consta de novecientos retratos. Entre ellos hay una miniatura á los 24 años, tan distinta del Hugo más conocido, que no le daríamos 15, de tal manera su rostro es infantil y femenino y andrógino, con los ojos vagos y la boca pulcra. Hay también una fotografía á los 50, tomada por su hijo Carlos durante el destierro en Jersey, figura sencilla y viviente, con los brazos cruzados, de pie junto á una puerta, abovedada como nunca la frente enorme bajo el cabello lacio, sin bigote, ya hollado de dolor y de pensamiento su rostro, y al desnudo la máscara vigorosa que cuan-

do deje crecer el bosque blanco de su barba, ha de ser la cabeza pensativa del conocido cuadro de Bonnat. Agregad á eso otras efigies en etiquetas, cajas, platos, pipas, cuanto forma el museo popular; y el busto de su amigo David d'Angers, hecho cuando el poeta tenía 36 años, y el de Marquette, improvisado para una fiesta en el Hotel de Ville; y el de Schoenwerk, coronado de laureles; y el de Rodin, esa cabeza agobiada y atormentada que siendo llena de vigor, no interpreta, sin embargo, el admirable equilibrio físico y moral que fué cimiento y fuerza de su genio. Agregad aún centenares de caricaturas, desde la invectiva á la apoteosis, como no las tuvo ningún caudillo, y centenares de bocetos y pinturas suyas, con su paleta de té, café, tinta, harina, leche—visiones de pesadilla, deformes y grandiosas como las visiones de sus poemas. Agregad aún las sillas y armarios que él mismo talló, como si su ser se prolongara, más allá de su cuerpo fisiológico, hasta en las cosas que le rodeaban—todo como sus dibujos y el resto, de una apariencia extraña que no hallaríamos, sin duda, en la casa sencilla y semiburguesa de Goethe, que Bourget ha descrito. Agregad aún los recuerdos de las otras casas que ocupó en sus peregrinaciones y destierros, los carteles de sus dramas ó proclamas, las ediciones de sus libros, los originales de sus obras; y los homenajes que recibía á diario, como el bastón que le mandó Benito Juárez, Presidente de Méjico, ó la placa que le enviaron en 1885 «sus admiradores del Rosario de Santa Fe» y objetos singulares como su uniforme de académico, ó su corona de María Tudor, ó el fantástico Blasón que terminó por inventar para sí en la fuer-

za de su megalomanía; ó la abeja de oro que le regaló Claretie por haber sido del manto de púrpura de Napoleón...

Uno sale de la casa de Víctor Hugo con la convicción de que su candor y su bondad fueron tan grandes como su genio. Ningún hombre fué más feliz con su orgullo ni más prestigioso con su arte. Nadie ha llegado á ser más querido y glorioso en vida que este Cantor. Todo eso—¡oh, regocijo de mi sangre!—en un siglo en que los fracasados del verso y los evangelistas de la imbecilidad iban proclamando, ante las muchedumbres, la inocuidad de los poetas y la irreparable decadencia de la poesía.

LA POLITICA DEL PAUVRE LELIAN

París, 25 de agosto de 1907.

El epígrafe de esta carta hubiera sido el tema de un artículo irónico y paradojal, á la manera de Anatole France, cuando no conocíamos el libro inédito de Verlaine, que acababa de descubrirse, donde ataca la política y la sociedad de su tiempo, y en cuya desordenada prosa se descubre la fe cristiana y la pasión ingenua que florecieron en *Sagesse*. Os he hablado en mi correspondencia anterior, sobre la gloria de un poeta feliz: hoy quiero hablaros de ese Pauvre Lelian que fué uno de los poetas más desgraciados del mundo. Ambos interesan personalmente á la historia de nuestras letras. Hugo tuvo presa de su deslumbramiento á toda la generación anterior, y vástagos suyos retoñaron en cada una de las naciones de América. La generación posterior á 1890 fué hacia Verlaine, en busca de una melodía más pura, de una inquietud más profunda, de una línea más esbelta. En la evolución de la literatura nacional, los dos completan para nosotros la Lira: el uno describiendo los esplendores de la realidad exterior; el